

La famosa historia del accidente aéreo de Los Andes de 1972 puede convertirse hoy en día en un potente estímulo para multitud de profesionales y directivos. Muchos han tenido que enfrentarse en los últimos meses a escenarios totalmente inesperados, que han cambiado su manera de entender las cosas. En sus conferencias internacionales, Nando Parrado repasa con detalle los días que vivió en la montaña y explica cómo los mecanismos sociales y las soluciones que el grupo logró encontrar les ayudaron a sobrevivir.



NO HAY NADA IMPOSIBLE

El 13 de octubre de 1972, un avión de la Fuerza Aérea Uruguaya que se dirigía a Santiago de Chile se estrelló en la Cordillera de los Andes a causa de un error de orientación del piloto. Tras colisionar con la cresta de una montaña, el avión se partió en dos: la cola cayó sobre las rocas, mientras que la parte delantera logró aterrizar en la nieve. Después de dos meses de supervivencia en condiciones extremas, 16 de los 45 pasajeros del vuelo consiguieron ser

rescatados gracias a una de las hazañas más conocidas del siglo XX. Nando Parrado, superviviente y hoy empresario de éxito en Uruguay, nos cuenta lo que aprendió de aquella aventura.

Nando Parrado tenía 22 años cuando sufrió el accidente aéreo de Los Andes. En aquella época era estudiante universitario

de Ingeniería Mecánica y dedicaba gran parte de su tiempo libre al equipo de rugby en el que jugaba, el Old Christians de Montevideo. Poco se podía imaginar que un viaje de su equipo hacia Santiago de Chile para disputar un partido se acabaría convirtiendo en la experiencia más difícil de su vida. Y poco se podía imaginar cuál iba a ser la magnitud del primer golpe que tuvo que afrontar tras el accidente.

Ante la oportunidad de una visita a Chile y con la ilusión de un viaje tan especial junto a sus compañeros, Parrado decidió invitar a su madre y a su hermana para que se unieran a la expedición. Lo último que recuerda antes del choque es la imagen a través de la ventanilla de las montañas justo debajo del avión. Después, mucho ruido y oscuridad; un golpe en la cabeza le dejó inconsciente durante varios días. Al despertar, sus compañeros le explicaron que su madre había fallecido en el accidente y que su hermana estaba gravemente herida.

La muerte de ambas fue un golpe muy duro, que se sumó a la tragedia de un momento casi imposible de comprender, pero que





Marcelo era el líder natural del grupo. Nos daba ánimo todo el tiempo, nos tranquilizaba diciéndonos que nos rescatarían, nos animaba a comer y nos organizaba.

1 con el tiempo logró asumir y superar. 37 años más tarde, lo recuerda con claridad mientras reflexiona acerca de factores como la suerte o el destino: “No había tarjeta de embarque para el avión, así que escogimos los asientos a suertes. Parece algo sin importancia y sin embargo fue un factor fundamental para sobrevivir. Muchas veces me he preguntado por qué tuvo que pasar aquello, por qué mi madre y mi hermana vinieron conmigo y por qué ellas no sobrevivieron mientras yo sí lo hice, gracias a una ecuación casi imposible. Al final, llegas a la conclusión de que simplemente hay preguntas que no tienen respuesta, ya que sólo dependen del destino y de la suerte”.

Tras asumir este primer golpe, empezaba el reto de intentar sobrevivir bajo unas condiciones tan duras como en casi ningún otro lugar del planeta: a más de 4.000 metros de altitud, sin vegetación, ni agua, ni alimento, y soportando temperaturas inferiores a 20°C.

En este entorno tan hostil, la pérdida de sus familiares se convirtió más en un estímulo para salir de allí que no en una losa. En lugar de venirse abajo, Parrado sólo pensaba en sobrevivir, en volver a casa y en demostrarle a su padre que su hijo aún estaba con vida. Esa determinación le dio una fuerza extra que fue crucial para seguir adelante.

Un líder en medio del caos

“El impacto fue tan grande que durante los primeros días no podíamos pensar en nada, ni siquiera en alimentarnos. Tardamos unos días en adaptarnos a esa situación, éramos prácticamente unos críos y nos costó mucho entender dónde estábamos y qué había pasado, y también asimilar que íbamos a morir”. Parrado explica aquellos primeros días en la montaña con una curiosa mezcla de nostalgia y orgullo en su mirada, sabiendo que todos juntos lograron una gran hazaña, a pesar de que todo estaba en su contra y que no había ninguna opción para ellos.

La organización fue, sin duda, elemental para conseguirlo. Según nos cuenta Parrado, la actitud de su compañero Marcelo les salvó la vida a todos durante las primeras semanas

en la nieve: “Él era el líder natural del grupo y siguió siéndolo en la montaña, era el capitán del equipo de rugby y nosotros ya funcionábamos como un equipo humano antes del accidente. Lo que hicimos fue seguir trabajando igual. Aunque sólo tenía 21 años, Marcelo sacó una fuerza tremenda que nos contagió a todos. Nos daba ánimo todo el tiempo, nos tranquilizaba diciéndonos que nos rescatarían, nos animaba a comer y organizaba el día a día del grupo”.

Saber dar esperanzas y confianza a sus compañeros fue, sin duda, una de las mayores virtudes de Marcelo en aquellos momentos. Su fundamento era el rescate y se aferraba a él constantemente para mantener al grupo unido, dictando argumentos firmes cuando alguien empezaba a dudar. Por ejemplo, al cabo de unos días de convivencia en la montaña había gente extrañada al ver que no aparecía ningún helicóptero por la zona. Ante este contratiempo, Marcelo decía que era normal que no viniera ningún equipo por aire, ya que al ser una zona de difícil acceso lo más lógico era esperar que llegasen por tierra, razón por la cual tardaban más en venir.

Además de la energía para animar a los supervivientes, Marcelo tuvo la capacidad de pensar y de ser práctico en un factor fundamental para superar una de las trampas más exigentes que se encontraron: “Sin duda, las noches fueron la peor parte de nuestra experiencia en la montaña. Además del silencio y de la oscuridad, que eran totales, el frío era mucho más insoportable que durante el día. Por suerte, teníamos la parte delantera del avión en la que nos refugiábamos del frío, pero faltaba la otra mitad y una de las paredes simplemente no existía. Con otros restos del avión, Marcelo tuvo la idea de construir la pared que faltaba y gracias a esa idea pudimos convivir con el frío nocturno”.

Lo mejor de cada uno

La organización, los turnos, el orden y la democracia surgieron dentro del grupo de la misma manera que el líder, es decir, de forma natural. Cada uno aportó lo que sabía hacer,

sus mejores aptitudes y todos estaban dispuestos a colaborar en la organización de la supervivencia. “De la nada hicimos todo, con nuestro ingenio”, explica Parrado. “Con el material del avión inventamos un montón de objetos que fueron básicos para resistir. Hicimos botas para caminar sobre la nieve con partes de los asientos; con trozos de las ventanas montamos gafas para protegernos del sol; cosimos telas de plástico para fabricar abrigos y sacos de dormir que nos cubrieran del frío...”.

Durante las noches, la organización seguía funcionando a pleno rendimiento: “Nadie quería dormir cerca de las paredes del avión porque eran las partes más frías, así que nos íbamos turnando para repartir las plazas del centro. Lo curioso fue que incluso en aquél entorno surgieron formas de negociación y se creó una especie de mercado de compraventa de plazas para dormir. En el equipaje del avión habíamos encontrado una maleta llena de cigarrillos y a cada uno le tocaban dos por día; así que los que no fumábamos dábamos nuestros cigarrillos a cambio de una plaza central a la gente que esa noche la tenía asignada”.

Frío y tiempo

A pesar del trabajo en común, los días de convivencia iban pasando y la situación seguía siendo insostenible: “Era imposible permanecer allí y sobrevivir esperando al verano. Continuamente nos tirábamos el aliento

unos a otros para aliviarnos, pero no servía de mucho. Todo lo que teníamos era frío y tiempo. Era una tortura”.

Además, la alimentación también empezó a ser un problema. Beber agua era muy complicado porque el hielo y la nieve les secaban los labios y les dañaban la boca, pero además, tras rastrear todo el avión, la comida asignada a cada pasajero resultó ser un trozo de tableta de chocolate y dos cacahuetses. Al cabo de unos días comprendieron que sólo había una salida para sobrevivir y que todos la tenían en mente. “Es brutal la capacidad que tienes para adaptarte al horror cuando lo único importante es conservar tu vida. Fue algo que sólo pudo generarse en un momento y en un entorno como aquél y que, de otra forma, jamás se nos habría ocurrido”, explica Parrado.

Marcelo conservó el liderazgo y mantuvo el espíritu del grupo durante los primeros 21 días, ya que su fortaleza se basaba en la certeza de que les iban a rescatar. Aguantó hasta el día en que oyeron por la radio del avión que su rescate se había cancelado: “Perdió el control, se volvió loco porque la radio le dijo que estaba equivocado y los pilares sobre los que se aguantaba cayeron de golpe al saber que iba a morir”.

Algo que simplemente pasó

Aunque el futuro desapareció de repente para todos los miembros del grupo, Nando Parrado no tenía los mismos planes que el resto.



¿Quién es hoy Nando Parrado?

Al regresar, Parrado se dió cuenta de que debía seguir su camino, y la experiencia le ayudó a hacerlo de la mejor manera posible

Después de superar el accidente y la experiencia en Los Andes, Nando Parrado siguió adelante con su vida, formando su propia familia y desarrollando una sólida carrera profesional como empresario y como conferenciante. Actualmente, preside la empresa familiar Seler Parrado y la productora de televisión MRC - Parrado Multimedia.

Además, interviene como

ponente en varios países del mundo explicando su historia y ayudando a diferentes tipos de profesionales a desbloquear su potencial y a procurar la excelencia en sus lugares de trabajo y en sus vidas. En los últimos años, ha sido elegido “principal orador” por la IASB (International Association of Speakers Bureaus) y “principal conferenciante” por la NSA (National Speakers Association).

Hoy en día, vive en Uruguay junto a su esposa Veronique y sus dos hijas Verónica y Cecilia.



En tan sólo 30 segundos, optamos por atravesar todas las montañas que teníamos en frente y escogimos un camino. Fue una decisión rápida, que nos salvó la vida.

■ Un equipo de altísimo rendimiento



Uno de los días más angustiosos que los supervivientes del accidente pasaron en la montaña fue el 29 de octubre de 1972, dos semanas después de su llegada a Los Andes. Cuando ya se disponían a pasar otra noche en el fuselaje del avión les alertó un ruido tremendo, y cinco segundos más tarde absolutamente todo estaba cubierto de nieve. Una avalancha había descendido por la ladera de la montaña sepultando a todos los ocupantes del avión menos a dos, y automáticamente se inició el trabajo en cadena.

En cuestión de segundos, las dos personas libres buscaron lo más rápido posible las cabezas de sus compañeros para apartar la nieve que les impedía respirar y, en cuanto alguien conseguía liberarse, se sumaba a la tarea de rescate del resto. En pocos minutos todos los cuerpos habían sido liberados. Ocho personas murieron y 19 lograron sobrevivir. Fue un duro golpe para un grupo que tan sólo empezaba a aclimatarse a un entorno profundamente adverso, pero el conjunto demostró que actuando en equipo se puede realizar un trabajo con gran precisión incluso bajo las condiciones más extremas.

Vio clarísimo lo que iba a pasar y no quería quedarse esperando a ver como la muerte se los llevaba a todos. Su reacción fue caminar, salir de allí e intentar volver con su padre. Prefería elegir su propia muerte en lugar de quedarse sentado.

Sin necesidad de hablar y sólo con su actitud firme y su convencimiento, Parrado se convirtió en un referente nuevo para el grupo: “Yo no puedo hablar por mí mismo pero según cuentan mis compañeros, en aquellos días yo emanaba una seguridad enorme. Todos veían que yo quería salir de allí como fuese y empezaron a creer que sería posible”.

La única opción era ir en busca de ayuda, y así lo hicieron. Nando Parrado, Roberto Canessa y Antonio Vizintín tomaron la decisión de separarse del grupo e iniciar una expedición para llegar cuanto antes a las primeras poblaciones chilenas, mientras el resto de los supervivientes seguía resistiendo en el avión. Cargándose de una fuerza más basada en el miedo que en el coraje, los tres prepararon su equipo y se pusieron en marcha. Pero al tercer día de ruta Antonio tuvo que regresar junto al grupo por problemas físicos y Roberto y Nando continuaron solos con la travesía.

Según sus cálculos sobre el mapa, estaban relativamente cerca del final de la cordillera, así que pensaron que podrían llegar hasta Chile en pocos días. Rumbo al oeste, lo primero que debían sortear era la cima que tenían en frente, con la esperanza de alcanzar el pico y divisar al otro lado los primeros valles chilenos: “Pero fue mucho peor de lo que imaginábamos. La verdad es que no sé si estoy aquí por lo que logré en la montaña o por las capacidades que ya tenía antes del accidente, pero ahora sé que aquello me sirvió para todos los retos que me he seguido encontrando en la vida. Cuando escalas en la nieve durante 14 horas seguidas, simplemente no hay margen para el error”.

Tras dos días más de ruta extrema, Parrado consiguió alcanzar la cima y mirar más allá de la cresta de la montaña. Sólo pudo ver montañas y más montañas, y en aquel momento se dio cuenta de que se habían equivocado de posición sobre el mapa. En realidad estaban a



Tengo tanto volumen de trabajo en mi escritorio que nunca lo voy a poder terminar. Así que trabajo, pero también disfruto al máximo de lo realmente importante.

140 kilómetros del punto que habían marcado: “Sencillamente estábamos muertos y los dos lo sabíamos; y fue justo entonces cuando tomamos la decisión más importante de nuestras vidas. Podíamos regresar al avión o seguir avanzando a través de una de las dos vías que teníamos delante. En tan sólo 30 segundos, optamos por atravesar todas las montañas que veíamos en el horizonte y escogimos uno de los dos caminos. Fue una decisión rápida, que nos salvó la vida”.

Anduvieron casi sin descanso durante 10 días seguidos, teniéndose únicamente el uno al otro: “Sabíamos que si parábamos teníamos muchas más posibilidades de morir, así que no podíamos parar. Dependíamos el uno del otro para seguir adelante y, aunque no nos quedaban fuerzas físicas, conseguimos continuar gracias al deseo de salvarnos”.

Finalmente, mientras buscaban leña para pasar la noche cerca de un río, Nando y Roberto vieron a un hombre a caballo al otro lado de la corriente, al que avisaron con señales de socorro. Con el ruido del agua apenas podían oírse, así que para comunicarse se enviaron mensajes escritos en un papel. Envolvían una piedra con el mensaje y así lo podían pasar de un lado al otro del río. Al día siguiente les fueron a buscar y, dos días más tarde, tres helicópteros de rescate se dirigieron al lugar del accidente para recoger al resto del grupo.

La vida sigue

37 años después, cuando Nando Parrado explica esta hazaña llena de aventuras, asegura no sentirse un héroe: “Yo no quería todo aquello. No pedí estar allí y de hecho para nada pienso que fuese una experiencia exitosa”.

Por otro lado, paradójicamente la vuelta a casa no fue tan reconfortante como había deseado. La dureza de la experiencia vivida, la pérdida de su madre y su hermana, y la sensación de haber muerto mientras el mundo seguía su curso hicieron que la situación fuese bastante diferente de lo que esperaba. Así, aunque cumplió con su objetivo y volvió a ver a su padre, nuevamente tuvo que utilizar todo lo aprendido para adaptarse y seguir adelante:

“Le pedí consejo a mi padre y él me dijo que viviera mi vida y que buscara el éxito, pero sin perder nunca de vista todo aquello que me unía con la gente a la que quería”.

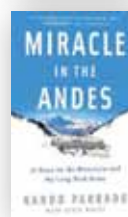
Nando Parrado ha aprendido a superar los obstáculos más difíciles, a trabajar en equipo en las peores condiciones, a confiar en la amistad, a tomar decisiones cuando todo está perdido, a obtener fuerzas en los momentos más complicados y a comprender que las crisis son algo fundamental para seguir adelante. Pero lo más valioso fue aprender a vivir de la mejor manera posible: “¿Por qué uno tiene que pasar por una situación tan espantosa para darse cuenta de las cosas? Seguro que en muchos casos no hace falta, pero a mí me enseñó a vivir de una manera que a lo mejor no hubiera vivido antes. Mi vida va con lo que me pasó, pero es muchísimo más que aquello, porque lo más importante de mi vida es hoy. Tengo tanto trabajo en mi escritorio que aunque trabaje 24 horas al día durante el resto de mi vida, no lo voy a terminar. Así que trabajo lo justo e intento disfrutar al máximo de mi familia y mis amigos, que sí que son realmente importantes”. □

Eduardo Ferrer ha escrito este artículo.

PARA SABER MÁS



- Marshall, F. “Alive” (1993, EEUU) Film Andes S.A., Paramount Pictures y Touchstone Pictures. Inglés, 127 min.



- Parrado, N. y Rause, V. Milagro en los Andes, 72 días en la montaña y mi largo regreso a casa. New York: Crown Publishers, 2006.